

GLOSAS

Reflexiones: de Bergoglio a Lutero

No en vano iniciaremos nuestra reflexión con los términos y conceptos más novedosos y utilizados en nuestros días. «Posverdad» y «populismo» no sólo denotan sensibilidades y pensamientos seculares, sino también religiosos, hasta el punto de poder verse reflejada hoy en ellos una novedosa tendencia de la Iglesia actual en la exposición pública del mensaje evangélico.

Sabido es que Martín Lutero (1483-1546) fue un teólogo agustino alemán, que inició la Reforma protestante. Su vida ha sido definida por el «fervor» del creyente atormentado por las dudas, el brillante «escritor» en lengua alemana, el «polemista» violento y malhablado, y, singularmente, por el «pensador» religioso tan original y relevante que, a juicio de Y. Congar, es «uno de los mayores genios religiosos de la historia» situándolo «al mismo nivel que san Agustín y santo Tomás de Aquino».

El Papa Bergoglio siempre es noticia por el talante renovador con que anuncia el mensaje religioso. Lutero es hoy noticia, no sólo por celebrarse el V Centenario del inicio de la Reforma protestante, sino también por la originalidad e importancia de su pensamiento religioso, así como por la repercusión de éste en el pensamiento secular del mundo moderno. Desde hace ya algún tiempo se está llevando a cabo dentro del catolicismo una valoración justa de su pensamiento con resultados muy positivos para ambas confesiones. Un poco de todo esto tratan de aflorar las siguientes reflexiones:

I. POSVERDAD RELIGIOSA Y POPULISMO

Hoy están de moda las palabras posverdad y populismo. El mero hecho de surgir simultáneamente ¿no sugerirán un posible vínculo o relación entre el contenido de una y otra?. Aunque su ámbito de vigencia es básicamente el político, vamos a intentar proyectarlo también sobre el campo religioso

Tanto la posverdad como el populismo son realidades que van siempre acompañando a la historia humana. Quizás bajo otros términos, pero apelando/denotando las mismas realidades. Aquí solo vamos a aproximarnos al tema de nuestra proposición, lo que significa no pasar más allá de la sugerencia, lo que puede conllevar una simplificación de la cuestión.

Se entiende por *posverdad* la predominancia en los comportamientos/opciones humanas de las emociones y las creencias personales sobre los hechos objetivos o verdades racionales

Entre las muchas y diferentes definiciones, nos acogemos a la de Bernard-Henri Levi, que por *populismo* entiende «la confianza ilimitada en los recursos y en la capacidad del pueblo, y desconfianza hacia todo aquello que podría interpretar, desvirtuar, diferir la justa expresión de ese pueblo que, librado a sí mismo, libre de obstáculos, tiene buen criterio por naturaleza».

Es evidente que el mensaje, tanto del populismo como de la posverdad, compagina más con la categoría social de «pueblo», gente sencilla y más creyente que culta, que con las «elites» intelectuales y de poder.

Aunque su origen y su significado tengan en su empleo un marcado sentido ideológico, concretamente político, ¿qué poder decir de la posverdad religiosa? Porque también podía extenderse su significado y vigencia al ámbito de las religiones, incluida la religión católica.

Es indudable que la fe religiosa se apoya y mueve más en el ámbito del sentimiento que en el de la razón. La fe, su expresión más cabal, es un abrazo sentimental a realidades que traspasan el horizonte de la razón. La religiosidad —no se olvide— es una experiencia emocional de lo sagrado. Y quien más acude y se acoge a la experiencia y al sentimiento, y menos se apoya en la verdad-razón, es el pueblo, es decir, la gente menos ilustrada, de ahí que la creencia popular se mueva en gran medida en la experiencia-posverdad religiosa.

Esta parece ser la dirección en que empieza a moverse en la actualidad la proclamación del kerigma católico, en respuesta tardía a las direcciones del último Concilio, que, hasta ahora, habían estado congeladas.

A esta nueva realidad/mentalidad parece querer responder la propuesta religiosa del Papa actual. Recurriendo a terminología clásica, tanto en su discurso cotidiano, como en sus documentos institucionales, el Papa Bergoglio suele moverse preferentemente en torno al *ethos* (la credibilidad de la propuesta) y al *pathos* (la emoción, el afecto, el amor), que al *logos* (la verdad racional religiosa en sí). Esto es tan cierto, que no es difícil percibir un nuevo caminar de la Iglesia en este sentido a partir de su magisterio. Un nuevo caminar, por cierto, que, como decimos, viene a responder a las exigencias del último Concilio.

Toda la actuación pastoral del Papa Francisco responde a esa misma dirección. Las pruebas son, por distintos caminos, diariamente constatables. Por ejemplo, la actitud de los cuatro altos Cardenales que le presentaron al Papa Bergoglio los famosos «dubia» sobre el documento pontificio «Amoris Laetitia», no significará una respuesta-reacción de la verdad-razón-tradición a una supuesta posverdad religiosa del Papa Francisco en ese documento?

Esta relación entre posverdad y populismo religioso en la proclamación religiosa del Papa actual, no es muy de extrañar, pues la tendencia política del populismo también se ha aplicado en contextos religiosos, como, por ejemplo, *en la teología de la liberación*. Es más, ya se ha llegado incluso a escribir sobre la gran influencia que el movimiento populista argentino «*la teología del pueblo*» tiene sobre el pensamiento del Papa Bergoglio, hasta el punto de calificarle como populista.

Este nuevo caminar de la fe es, sin duda, una necesaria y necesitada humanización de la religión. Aparte de responder al mandato y orientación del último Concilio, parece ser la opción o alternativa para el anuncio del Evangelio en esta «modernidad líquida» (Zygmund Bauman), con cierta garantía para la fe de ser social y personalmente acogida.

II. LA POSVERDAD RELIGIOSA EN LUTERO

Aunque no nos demos cuenta, las emociones juegan un papel muy importante en el día a día de nuestra vida. Gran parte

de nuestras decisiones emanan influenciadas, en mayor o menor grado, por las emociones. No deja, por eso, de ser importante saber a qué inteligencia son debidas o atribuibles la mayoría de nuestras opciones vitales/personales.

Una de las opciones humanas más comprometidas y trascendentales de la vida es, sin duda alguna, la opción religiosa. ¿En qué lugar o facultad de nuestra persona hay que ubicar esta opción?

Decíamos en anterior artículo que por «posverdad» se entiende la predominancia que en los comportamientos y las decisiones humanas tienen las emociones y las creencias o deseos personales sobre los hechos objetivos y las verdades racionales.

Allí decíamos que en las opciones religiosas, incluidas las católicas, predominaba la emoción sobre la razón. Bien entendido que decir predominar no es lo mismo que excluir, pues en la doctrina católica también en esa opción se admite la razón, para hacer —como pedía el apóstol Pedro (*1. Pedro, 1-7*)— razonable la fe. Pues bien, esta racionalidad católica de la creencia, se enfrenta la irracionalidad luterana de la fe. Frente a una posverdad católica razonable y mesurada, una posverdad luterana irracional y radical.

Si la religiosidad católica —como toda experiencia religiosa— se enmarca y mueve predominantemente en la posverdad, es decir, fuera y al margen de la razón —aunque no fuera o al margen de la racionalidad—, la posverdad luterana la sobrepasa, sustentándose en la más estricta y pura irracionalidad. Su original doctrina de la justificación por la fe (*sola fides*) conlleva la exclusión de la religión de todo lo relacionado con la razón. Este radical irracionalismo religioso lleva a Lutero a ubicar/radicar la fe «en el corazón», y a calificar de «prostituta» y «puta del diablo» a la razón. Tanto llegó a subrayar Lutero la dimensión volitiva del acto de fe, contra su dimensión intelectual, que con su doctrina vino a actualizar y a reafirmar el viejo principio de Tertuliano del «*credo quia absurdum: creo porque es absurdo/irracional*».

A juicio de los expertos, entre las distintas ópticas de mirar y de comprender la realidad, hoy distinguimos, contamos con tres diferentes clases de inteligencia: la *racional*, la *emocional*, y la *espiritual*. Por lo que venimos diciendo, en la doctrina de la justificación de Lutero queda excluida la inteligencia racio-

nal; en ella solo tienen cabida las inteligencias emocional y espiritual. ¿Qué es, en último término, la fe luterana sino el abrazo emocionado y el reposo confiado del creyente en el regazo amoroso de Dios misericordioso?

El fin de todas las religiones es la salvación. Pero, así como en el catolicismo y otras religiones solo salva la fe o creencia con obras, para la salvación luterana solo es necesario la creencia (*sola fides*), el estar seguro de la propia salvación.

Pero, ¿cómo puedo conocer que creo? Según la doctrina de Lutero, la seguridad no me vendrá por la razón, sino mediante el sentimiento religioso, por el que siento que Dios me ama. Lutero erige a la propia subjetividad en la clave para interpretar toda la realidad, de la que no excluye, antes bien prima, la experiencia religiosa. En el ámbito religioso lo importante, por tanto, para salvarme, no es lo que yo haga, sino lo que yo sienta, es decir, mi subjetividad es el fundamento y la manifestación de la propia salvación.

Esta conclusión nos lleva a pensar en las diferencias que existen entre catolicismo y luteranismo. Como suele ocurrir con el correr del tiempo y el consiguiente aplacamiento de las pasiones, hoy se está llegando a convergencias entre ambas confesiones muy importantes y significativas, entre las principales, precisamente, la doctrina de la justificación. Aparte pequeños matices, ambas Iglesias ya coinciden teóricamente sobre el tema en su concreción personal.

El quinto centenario de la Reforma Protestante, cuya efeméride celebrábamos el pasado año, de seguro que va a contribuir al acercamiento entre ambas confesiones. De hecho, manifestaciones sobre plausibles acuerdos entre católicos y luteranos en este encuentro ya no faltan. El núcleo de la teología luterana, que gira en torno a los cinco famosos «solos»: *Sola scriptura* («solo por medio de la Escritura»); *Sola fide* («Solo por la fe Dios salva»); *Sola gratia* («solo por la gracia»); *Solus Christus* («solo Cristo» o «solo a través de Cristo»); *Soli Deo gloria* («solo para Dios la gloria»), da pie y materia para un largo y esperanzador diálogo en nuestros días entre ambas confesiones.

III. LUTERO Y MUNDO MODERNO

Es ya un tópico afirmar que Europa/la cultura europea es el resultado de los tres componentes: el *no uso* pensamiento

griego, el *ius* o derecho romano, y la *crux* o religión cristiana: *Atenas, Roma y Jerusalem*. De los tres elementos, el que más ha sido y sigue siendo objeto de variadas interpretaciones es el de la religión. Y todo, porque, durante muchos siglos, la religión cristiana, además de religión o relación con Dios, era una visión institucionalizada (*institutionalized world view*) sobre todos los órdenes o aspectos de la realidad humana. Eso quiere decir que todo cambio en esa doctrina religiosa conlleva también un posible cambio en la visión de la realidad del mundo.

El cambio al que aquí queremos referirnos es el provocado en el cristianismo occidental por la Reforma protestante de Lutero (1483-1546), cuyo *V Centenario* celebrábamos el pasado año. Reforma, por cierto, que sólo podrá comprenderse cabalmente teniendo muy en cuenta la «circunstancia» geográfica e histórica del Reformador.

Hace algún tiempo la prestigiosa revista «Time» presentó a Lutero, junto a Jesús y a Marx, como los tres hombres más influyentes en la cultura europea. Que Lutero lo fue en el ámbito religioso, nadie lo niega. Pero ¿Lo ha sido también en otros ámbitos de la realidad? En definitiva, ¿Su doctrina religiosa influyó también en la marcha histórica de Europa? Si no lo fue intencionadamente, parece ser que sí lo fue por los efectos o reflejo que sobre el mundo profano o secular tuvo su pensamiento religioso.

Para vislumbrar el cambio religioso basta con solo nombrar los principios fundamentales del credo reformado: la justificación por la sola fe (*sola fides*), la sola autoridad normativa de la Biblia (*sola Scriptura*), el *sacerdocio universal* de todos los creyentes, y la *libertad* del cristiano. Al permitir al individuo el contacto directo con Dios, y prescindir de todo intermediario entre el individuo y Dios, socava las bases tradicionales del catolicismo: los sacramentos, las indulgencias, el purgatorio, el sacerdocio, la jerarquía eclesiástica... Al poner a la Biblia como única revelación absoluta con fuerza redentora y salvadora, rechaza toda la tradición.

La emancipación de la jerarquía eclesiástica y de su magisterio desembocó en un acusado individualismo/subjetivismo, cuya única luz y fuerza rectora de la que disponía el hombre en el mundo era la razón humana. Para poder ejercerse ese individualismo, era necesario contar con libertad de conciencia, tolerancia y secularización del pensamiento.

Parece lógico pensar que los principios teológicos de Lutero tuvieron consecuencias sociales, políticas, culturales y, especialmente, económicas. De hecho, a partir de la doctrina protestante fue surgiendo una nueva Europa con inéditos factores identitarios. Estos nuevos factores, dimanados del protestantismo, fueron modelando un mundo —el norte protestante— distinto, cuando no enfrentado, al mundo católico del sur. La evolución de esa nueva configuración de Europa dio, si no origen, sí la definitiva configuración del mundo moderno. De hecho, empezando por Guizot y pasando por Max Weber, no son pocos los relevantes historiadores que sostienen que el mundo moderno es hijo del protestantismo. Hasta bien entrado el siglo XX la idea prevalente era que el progreso, las luces, la civilización es fruto de la Reforma, asociada, naturalmente, a las naciones anglosajonas del norte. «Con los tratados de Westfalia (1648)», acaba de escribir Joseph Pérez, nace la Europa moderna, compuesta por naciones que ya no comparten la misma fe, sino un ideario común cuyos elementos principales son la secularización del pensamiento, el progreso científico y técnico, la tolerancia y el liberalismo». No hay que olvidar que los grandes vencedores de esos tratados fueron los príncipes protestantes. A la larga, el cambio más significativo y relevante, que Lutero jamás llegó a sospechar, es que, con el tiempo, aquella su Reforma/revolución religiosa iba a traer consigo la secularización de la sociedad occidental (Brad S. Gregory).

A partir del nacimiento del protestantismo empezaron a configurarse dos mundos, si no enfrentados, sí diferentes: el mundo católico, en el sur de Europa, y el mundo protestante, en el norte. Dos mundos, por cierto, que ya venían contraponiéndose desde la antigüedad, en el enfrentamiento final de los pueblos germánicos del norte con el Imperio/mundo romano del sur, en el siglo V. Si de Roma pudo decirse respecto de Grecia aquello de «*Graecia capta ferum victorem cepit*» (Horacio), algo parecido podría decirse de este cambio de papeles en el mundo moderno entre el mundo católico (naciones latinas del sur) y el mundo protestante (pueblos germánicos y anglosajones del norte).

Coincidencias/ironías de la historia: en el s. V los germánicos y pueblos anglosajones del norte derrotaron políticamente al Imperio romano de los pueblos del sur. En el s. XVI nuevamente el protestantismo de las naciones germánicas del norte derrota religiosamente al catolicismo de los pueblos latinos del

sur. Un cambio parecido aconteció en la economía. Mientras el norte pronto floreció en brazos del naciente capitalismo, el sur siguió no poco tiempo demorándose en una economía predominantemente medieval. En el norte se impuso la *ética protestante*, en el sur siguió prevaleciendo la *moral católica*. Las desavenencias hoy existentes en la Comunidad Europea entre las naciones del norte y las del sur —las irónicamente llamadas PIGS—, ¿tendrán alguna relación con los desencuentros/enfrentamientos que estas naciones tuvieron en la Antigüedad?

Aunque no hay mucha base para sostenerlo, podría interpretarse como un vestigio del pasado una anécdota de nuestro momento religioso actual: en el s.XVI fue el Norte (Lutero) quien se separó y enfrentó a la Roma (Papa) católica. Hoy, en cambio, es la Jerarquía católica del Norte (Cardenal Kasper) quien sale en defensa del pensamiento ortodoxo del católico Sur (Papa Bergoglio).

Isaías Díez del Río, OSA